

mes puertas siempre abiertas. Doña Mariquita Sánchez, ¿quién no la conoció alguna vez? Me parece verla de nuevo con su sonrisa siempre dispuesta, sus ojos reidores y la palabra segura entre sus labios. Me parece verla con sus ropas oscuras, su andar pausado, su rostro entre resignado y triste, pero siempre agradable. Doña Mariquita no siempre se llamó así, pero existió en cada pueblo, y se hacía presente en cada casa de la infancia.

Pero el recuerdo se pierde, y de nuevo la bruma aparta el interés y devienen motivos sin trascendencia y personajes sin relieve. La evocación abandona las viejas paredes y la ancha puerta se cierra. Queda afuera el camino obscurecido, donde transitan personajes que no le pertenecen.

Esperábamos algo más de aquel cuento magnífico, que casi no es un cuento sino un pedazo de vida. Pero la visión se diluye tras la muralla inabordable del pasado, y con ella, tantas cosas esenciales y características que hacen revivir una época y un ambiente.

Sin embargo, algo queda aún en *Cachañita cantora*, el séptimo de sus cuentos; tal vez la misma intención y la misma fuerza evocativa; la misma ternura y el mismo anhelo de revivir el pasado, con el secreto afán de reconstruirlo para reconstruirse. Porque, ¿qué otra cosa es la evocación sino un íntimo deseo de coger todo aquello en que nos dispersamos, para sentirnos íntegros en posesión de toda nuestra vida?—GLADYS THEIN.



<https://doi.org/10.29393/At234-214DNFS10214>

DONDE NACE EL ALBA, por *Nicomedes Guzmán*. Edit. Orbe.

Los cuentos reunidos en este libro indican nuevas cualidades del escritor Nicomedes Guzmán. Y decimos del escritor, porque sus dos novelas: «Los hombres oscuros» y «La sangre y la esperanza», son obras de un verdadero creador, de un no-

velista propiamente tal. Considerar escritor al que escribe sin haber dejado huellas, y que después de algún tiempo cae en el olvido, nada tiene de importancia, pero sucede lo contrario cuando los libros se recuerdan y la obra sigue repercutiendo entre los lectores y críticos, como sucede con las pertenecientes a Nicomedes Guzmán. La juventud de este escritor no fué obstáculo para realizar dos magníficas novelas, que cada día obtienen nuevos admiradores. Tampoco fué obstáculo que el novelista haya nacido en un ambiente humilde, y que haya tenido que luchar por su subsistencia primero, para dedicarse al trabajo literario en momentos de cansancio, o robando horas al sueño. Pero todo está bien, y nada importa cuando el éxito corona los esfuerzos, como ha sucedido a Guzmán.

Los cuentos coleccionados en «Donde nace el alba», nada tienen que envidiar a sus libros anteriores. La técnica, si no es la que corresponde a la preceptiva estrictamente, tampoco se aleja demasiado de ella. Tiene el autor independencia para contar y para presentar sus personajes de la manera que le parece más adecuada a su personalidad. Es agradable su manera de concebir, una nueva modalidad con características propias que informan el talento y la originalidad de un escritor que ha de perdurar en la literatura chilena.

Los motivos escogidos por Guzmán son los que cualquier escritor puede encontrar en la vida ciudadana. Pero han sido pocos los que han tomado los materiales que pueden verse «En donde nace el alba». El suburbio, la vida de arrabal, el hombre derrotado, el hambriento, el enfermo, los sentimientos del pueblo, etc. son interpretados con hondura por el escritor.

No estará de más poner en relieve lo que nos dice Hernán del Solar: «Se trata del hombre de los suburbios, asediado por problemas que la ciudad multiplica, con una violencia de miseria sin socorro, y con la rebeldía en acecho. Hay un acento tenaz de amargura en estos seres que, como todos, buscan a su alrededor lo que puede hacerles felices, y arman su esperanza de

una corteza para que no les rompa el filo de los días afanosamente trabajados por el abandono». Aparecen en estos cuentos los hombres de hoy, que son también los de ayer, porque siempre la miseria ha existido, y el desaliento, y la esperanza se confunden para dar paso a la vida, Guzmán toma estos hombres, estos sentimientos, esta vida de palpitación tan humana, desalentada y en abandono.

El mejor cuento, o novela breve, es sin duda, «La ternura», relato que se lee sin dificultad, porque ha sido escrito con desenvoltura, sin mayor esfuerzo. El motivo es sencillo y también la forma de presentarlo, esto despierta en el lector una dulce sensación, un vuelco de corazón por la elevación sentimental. Sencillez. Sencillez. Igual ocurre con el cuento titulado «Extramuros». Veamos su comienzo, el preámbulo: «El gran fondo en que sólo horas antes rebullera el alquitrán líquido, era como un negro animal dormido. Junto a él, formando medio círculo, los hombres estaban silenciosos, oprimidos por un silencio hermético y trágico de galeotes muertos. El ronquido del gato que los acompañaba semejaba un lejano y extraño reloj, golpeando la historia sórdida de esas vidas, detenidas allí por unos cuantos instantes. Habían llegado unos tras otros: el cojo primero, moviendo los labios atropados, horriblemente comidos por las pústulas; y despertando los pedruzcos, con el golpe seco y monocorde de su derrengada muleta». Así, sin afectación, sin mayor énfasis, Guzmán toma tipos que se pierden en los rincones de los barrios apartados, y les da aliento para que transiten por las páginas, y luego por la memoria del lector.

En 1943, Guzmán publicó «La sangre y la esperanza». Los cuentos de hoy, ¿pertenece a una época anterior o no? Por una parte sería interesante saber. Tendríamos antecedentes para decir si ha evolucionado, o ha permanecido igual en su forma de tratar y exponer escenas y diálogos. En algunos cuentos se puede ver que son iguales a algunos cuadros de su novela, esto es, en su manera de presentar la realidad, y dar relieve

psicológico a los personajes. Estos cuentos no son la repetición de la vida puesta en sus obras anteriores. Es una nueva visión que ofrece el vivir del conventillo. Pero al fin de cuentas, y en limpio, lo que vale es que estos cuentos de «Donde nace el alba», traen nuevos aspectos, nuevos tipos, nuevas amarguras, y sentimientos que son familiares al pueblo chileno, al pueblo en su suburbio, al hombre, a la mujer y al niño cruzado por desalientos y mísera existencia. No porque sea Guzmán escritor joven se ha de elogiar sus cualidades, ni reprochar fríamente sus defectos. Pero sobre sus defectos se levanta su creación, su espíritu comprensivo, su chilenidad. Sólo se debe considerar su obra, el sentido que ella tiene y su valor literario. Un escritor que se ha detenido a estudiar su pueblo y a extraer el fondo de su espíritu, y que ha pintado el ambiente con animación, bien merece el aplauso, y más cuando ha conseguido dar la sensación de realidad. Admiremos al novelista y al cuentista que hay en Nicomedes Guzmán, intérprete fiel del conventillo, mundo increíble, desconocido, alejado de la piedad, mísero y grande, porque cuando las banderas ondean en el aire, o el paso marcial aviva las calles, su corazón vibra por la patria.—FRANCISCO SANTANA.